

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 33

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL
SOLAR Fernando EGUREN Alberto
GONZALES Álvaro HENZLER Max
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

JIMENA LEDGARD

«QUIZÁS NO SE PUEDE CREAR UNA UTOPIA, PERO SÍ SE PUEDE CAMBIAR HASTA CREAR UN PAÍS MEJOR, UN PAÍS MÁS JUSTO, MÁS IGUALITARIO, MÁS EQUITATIVO, MENOS VIOLENTO».

En mi caso —me imagino que no es lo mismo que pasa con otras personas—, no encuentro un momento definitorio que me haya hecho pensar que debo asumir una responsabilidad personal en la transformación del país. Creo que fue un proceso continuo. Y sigue siéndolo. La relación con el Perú, en general, es una relación compleja y que atraviesa por subibajas que determinan qué tanto uno quiere o no involucrarse en el desarrollo de su país. Porque es un país difícil.

En términos de una historia más personal, probablemente empieza desde el colegio. Estaba en tercero o cuarto de media, cuando hubo un fallo del Poder Judicial que determinó que la pastilla del día siguiente —el anticonceptivo oral de emergencia— no podía ser entregada gratuitamente en las postas de salud, pero sí podía ser vendido en farmacias. Recuerdo lo que sentí cuando oí esa noticia, porque me golpeó mucho que algo fuera un pecado para algunas mujeres y una opción para otras. Y que eso dependía tan solo de sus posibilidades de acceso económico, que los derechos que tenían y la moral que se les exigía solamente dependían de cuánta plata tenían en el bolsillo. Tenía alrededor de quince años y hablé con el director de mi colegio —el Markham— para decirle que quería recolectar firmas para que se retrocediera en ese fallo y se comenzara a distribuir el anticonceptivo oral de emergencia en las postas, por un asunto de equidad y de igualdad ante la ley, independientemente de las posibilidades económicas. Esto era antes de las redes sociales y de las peticiones *online* que se hacen ahora. El director estaba totalmente sorprendido —sería la petición más extraña que había recibido alguna vez de un alumno— y me respondió que no tenía ningún problema, que ellos promovían el pensamiento crítico y la independencia de sus alumnos.

Obviamente, la recolección de firmas no sirvió de nada, no cambió nada. Pero ese fue un momento en el cual me hice consciente de las injusticias del país y, además, del poder de los ciudadanos para cambiarla. En ese caso no logré mucho, como tampoco logré mucho con otras iniciativas. Era una alumna de colegio, las únicas personas

a las que conocía eran mis compañeras de clase y evidentemente el Markham es una burbuja racial, social, económica... Pero, ante el sentimiento de injusticia, mi primer impulso fue decir: «Tratemos de hacer algo para cambiarlo». Si no funcionó en ese momento, la frustración no fue tan grande como para quitarme las ganas de seguir haciendo esos intentos en el futuro.

Soy muy consciente de que crecí —y vivo actualmente también— en una burbuja. Pero, también es cierto que crecí con una familia que es bastante política, bastante interesada en la política. Antes de lo que he contado, cuando tenía trece años, si no me equivoco, salieron los «vladivideos» y renunció Fujimori. En medio de toda esa turbulencia tuve mi primera fiesta que no era en la casa de algún amigo sino en el club Regatas. Era una fiesta de niños en realidad, pero era una fiesta importante para mí; me maquillé por primera vez para ir y fui con un grupo de chicas del colegio. Había gente de otros colegios. Eran las nueve de la noche cuando sonó el celular que me había dado mi mamá por si lo necesitara. Era mi mamá que me llamaba y me dijo: «Renunció Fujimori, ¿quieres ir a la Plaza de Armas?». Le dije que sí. Estaba con Mónica, otra chica de mi promoción de colegio, que también tenía una familia bastante política y su mamá también la llamó y le dijo lo mismo, y fuimos.

Esa fue la primera vez. Era muy chica para ser parte de todas las protestas que hubo contra el fujimorismo. Eso no lo había vivido. Pero imagínate lo que es para una chica de trece años llegar a la Plaza San Martín, ver a toda esta gente en esa algarabía y entender —viéndolo por primera vez— que la sociedad no se hace solamente en la privacidad de las casas, ni en el Congreso, ni en la toma de decisiones de Palacio, sino que también se hace por los ciudadanos, encontrándose con otros ciudadanos, trabajando y movilizándose con ellos, y creando con ellos.

Esos son dos momentos que claramente dejaron una huella en mí. Después, como probablemente para mucha gente, el ingreso a la universidad fue una experiencia bastante importante. No tanto por lo que sucedía en las aulas, sino más por lo que pasaba fuera de ellas. La Católica puede tener muchos defectos, pero también tiene muchas virtudes y una de ellas —por lo menos lo era cuando yo estudiaba ahí y espero que lo siga siendo— es la pluralidad de los alumnos. Fue cuando comencé a entender la diversidad de experiencias en nuestro país, la suerte que había tenido, los privilegios con los que había nacido, y empecé a preguntarme por qué yo había nacido con esos privilegios.

Mi abuela es muy católica y recuerdo que cuando era muy niña le pregunté: «¿Por qué hay gente que es pobre, por qué hay gente que tiene una familia y hay gente que no?». Y mi abuela —a quien quiero mucho y con quien he tenido maravillosas conversaciones a lo largo de mi vida— me decía que es porque Dios tiene un sentido para todo. La explicación no me funcionaba a los seis años y no me funcionaba a los dieciocho, cuando ingresé a la universidad.

Ingresé a estudiar Filosofía y leímos a Marx, a la Escuela de Frankfurt, e ingresé también a la idea de una transformación social. Encontrarme con que algunas de las personas más brillantes del mundo habían dicho que el mundo no tenía por qué ser de la manera que era, que el mundo era el resultado de una serie de procesos históricos, culturales y económicos, fue revelador. Porque cuando te das cuenta que las condiciones existentes son el resultado de procesos, te das cuenta que también pueden cambiarlas, porque puedes cambiar esos procesos. La idea de que la injusticia, la desigualdad, la violencia, la exclusión, la segregación, la humillación no son inevitables... esa convicción es transformadora. Porque, en el momento en que la tienes, ¿cómo le das la espalda a esa conciencia? Te sientes culpable, te sientes irresponsable, te sientes cómplice.

La idea de que puedes cambiar las condiciones existentes vale para el mundo, vale para el Perú y vale para el trabajo a pequeña escala, que cada vez me interesa más. Vale para el Perú, pero también vale para los barrios, las comunidades, las familias, las parejas. En mi cercanía al activismo de género hay la convicción de que lo personal también es político; entonces, se trata de transformar cómo nos relacionamos en pareja, cómo nos relacionamos con nuestros amigos, con nuestra comunidad directa. Porque podemos, pero no debemos —según mi punto de vista— aspirar a cambiar lo macro si no estamos dispuestos a cambiar también lo micro y lo personal.

«HEMOS NORMALIZADO
UNA SERIE DE HÁBITOS,
COMPORTAMIENTOS Y
FORMAS DE RELACIONARNOS
ENTRE HOMBRES Y MUJERES
QUE, EN UN MOMENTO DADO,
GENERAN VIOLENCIA».

Creo que he tenido una utopía en otros momentos de mi vida. La utopía que tuve era la de ver un mundo más equitativo, más igualitario, menos consumista y, definitivamente, menos depredador, en el sentido más integral de la palabra. Mucho de mis utopías venía de cuando estudié filosofía y estaba muy enfocada en la filosofía marxista y lo que siguió a la escuela marxista. Venía de esa tradición. Un mundo que no dependa del crecimiento ni de la depredación constante de recursos y que, por lo mismo, no dependa de la desigualdad económica, de precarizar el trabajo de algunas personas y que no reproduzca la precariedad en los núcleos familiares, etcétera.

Esa fue la utopía que tuve en algún momento y que no abandono totalmente, pero mi pesimismo, producto de algunos años más, me gana a veces. Ahora, más que en una utopía, creo en el pequeño cambio realizable, renovable y reconfigurable; en ir avanzando desde ahí.

Podría cambiar en el futuro, pero tengo la impresión de que hay un sistema global —económico, productivo social, de género, ambiental— que está tan enraizado y tan interconectado que trabajar por desarmar eso constituye un objetivo tan grande, tan difícil de abordar y de alcanzar, que pierde perspectiva la forma en que las condiciones reales de los individuos pueden ser mejoradas hoy, quizás no de la manera ideal, pero sí de manera concreta.

Hay una historia que me marcó. En la época escolar, el colegio me mandó a un encuentro de jóvenes líderes o jóvenes activistas en Sudáfrica, con alumnos de todo el mundo. En el encuentro nos contaron una historia tradicional sudafricana, de un viejo que está caminando por la playa y ve en la orilla del mar miles de miles de estrellas de mar varadas. El sol es terrible, las estrellas de mar se están calcinando y muriendo, y él sigue caminando. De pronto ve a un niño que coge una estrella de mar, la levanta de la arena, corre, se mete al mar hasta el pecho, pone con cuidado la estrella de mar en el agua y regresa a la orilla a recoger otra y así. El viejo lo detiene y le dice: «Estás perdiendo el tiempo; mira hasta donde tu vista llegue y seguirás viendo estrellas de mar y todas se van a calcinar». Y el niño le dice: «No importa, porque cada estrella de mar que regrese al mar es un mundo y es ese mundo el que estoy cambiando». A veces tengo la impresión de que con las grandes utopías perdemos la perspectiva y es muy fácil desanimarnos; es posible dedicar toda nuestra energía a algo que no podemos cambiar en ese momento y perder de vista los cambios concretos que sí podemos hacer.

Si bien nunca he sido militante de nada, mi ingreso a la idea de que el país puede ser transformado corresponde a las ideas históricas de la izquierda. Admiro mucho a mis amigos y amigas que tienen militancia partidaria, creo que es un trabajo importante, sobre todo en un país como el Perú, en el que hay que construir institucionalidad política, partidos, estructuras medianamente estables. Pero, soy muy independiente para eso, no funciono muy bien —en general— dentro de estructuras que demandan sujeción de algún tipo. Y la política, inevitablemente, tarde o temprano, la demanda. Hay un objetivo final que es siempre llegar al poder. Y en cuanto llegar al poder, o mantenerte en el poder, es tu objetivo, tus acciones tienen que estar siempre sujetas a eso. No digo que quien tenga militancia política renuncie a su integridad, porque conozco gente que es increíblemente íntegra que milita en partidos políticos. Pero creo que la política sí demanda aceptar una serie de cosas con las que uno no está de acuerdo. Y, principalmente, inhibe o limita la libertad de pensamiento

y la libertad creativa. Creo que el principal bien que puedo hacer socialmente tiene más de mis ideas que de otra cosa. Siempre quise ser escritora cuando era chica, mi mejor arma siempre han sido las palabras. Y, si empiezo a limitar mis ideas o a subyugar mis ideas a un objetivo político, no me sentiría bien.

En el último par de años hay dos líneas de interés y de trabajo, que se entrelazan y relacionan, en las cuales me he enfocado. Una es el género y la otra es la ciudad. En el género, las relaciones entre hombres y mujeres, específicamente, son algo que se puede cambiar, se puede reformar. Hay otras luchas de género, valiosas e importantes, pero a mí, desde mi esfera personal —de activismo, de trabajo, de escritura, de proyecto—, lo que me interesa es ayudar a cambiar la forma en que la violencia sexual está tan extendida. Creo que eso se debe a que hemos normalizado una serie de hábitos, comportamientos y formas de relacionarnos entre hombres y mujeres que, en un momento dado, generan violencia. Son comportamientos que parecen inocuos, normales, pero que terminan generando una forma de relacionarnos que no es sana.

Para graficar esto: todos los chicos crecen con la idea de que su rol es perseguir a las chicas, levantarse a una chica, como se dice. Y las mujeres crecen con la idea de que su rol es hacerse las difíciles y proteger su honra; incluso si quieren acostarse con un chico o tener una relación con un chico, siempre deben darle a entender que no. En este juego social entre hombres y mujeres —en el cual el hombre ataca y la mujer presenta resistencia hasta que no lo hace— hay algo profundamente retorcido y enfermo. Porque, primero, esa manera de relacionarnos genera que los hombres no sepan cuándo una mujer está diciendo que no de verdad; los hombres tienden a creer que todo es parte del juego. Y, segundo, las mujeres no crecen empoderadas para decir que sí cuando quieren decir que sí y que no cuando realmente quieren decir que no. Crecen con la idea de que tienen que dar este mensaje ambiguo y confuso, que también es ambiguo y confuso en la mente de las mujeres. Si estamos enseñando a niños y a adolescentes a relacionarse de esa forma, estamos generando jóvenes y adultos que van a tener relaciones que no van a ser claras y que, por coaccionadas, van a ser violentas. Ese es un punto que me interesa, que vengo trabajando hace un tiempo —escribiendo y haciendo activismo— porque creo que se puede reformar. Hay mucho de la violencia sexual y de género que podemos evitar y podemos cambiar.

Hay muchos lugares de trabajo de base, de trabajo de micropolítica: los centros educativos, los colegios, las universidades. En mi caso, a través de la escritura y de charlas que me invitan a dar en alguna institución. En el activismo, la marcha de Ni Una Menos, en 2016, ayudó a poner el tema de la violencia sexual y la violencia de género en la discusión pública. La marcha fue un trabajo que se logró colectivamente, desde Ni Una Menos, y fue importante, trascendente y valioso para el país.

Lo que me hace sentir orgullosa de haber sido parte de eso es haber puesto el tema de género, por primera vez, en la discusión pública masiva, no en la discusión de nicho o en algún programa especializado. Ayudó a que la gente comenzara a hablarlo en sus casas, con sus hijos, en el trabajo, en el taxi. La semana anterior a la marcha, prendías la radio o la televisión y lo único que escuchabas era una discusión sobre eso; caminabas por la calle y en las conversaciones se estaba hablando de violencia, de violaciones; las personas se hacían preguntas sobre si tal cosa era violencia o no, comentaban lo que habían visto en la televisión o escuchaban en la radio. Creo que eso, para el país, ha sido importantísimo porque ha visibilizado por primera vez la extensión de la violencia. Esa es la chispa transformadora para «desnormalizar» la violencia y normalizar el hablar sobre ello. En la marcha hubo una cantidad de gente, que nunca pudimos haber imaginado y el jefe de la Policía Nacional —que nos dijo que en sus registros había sido la marcha más grande en la historia del país— estimó en cuatrocientos mil personas y *El Comercio* en medio millón. La vanguardia de la marcha estaba en el Palacio de Justicia y la retaguardia seguía en la Avenida de la Peruanidad, esperando salir. En el nivel nacional se movilizaron un millón de personas.

Recuerdo que hablaba en la marcha con una amiga, otra de las organizadoras, y le decía que era una sensación agrídulce estar ahí, porque por un lado dices: «Por fin hemos salido, por fin estamos haciendo esto»; pero, por otro lado, que toda esta gente salga a la calle probablemente significa que mucha más gente de la que somos conscientes ha pasado, o está pasando, por situaciones de violencia. Eso es desgarrador. Hasta ahora recuerdo a una mujer —una mujer mayor, como de sesenta y tantos años— que vi parada en el borde de la pista con un cartel que decía: «Toda mi vida pensé que estaba sola, pero hoy he descubierto que tengo un millón de amigas». Esa sensación de decir: «Estamos juntas, pero qué mierda que seamos tantas». Es desgarrador, es terrible, pero hizo que mucha gente que quería negar la extensión de la violencia doméstica, de la violencia sexual, de la violencia psicológica, no pueda seguir negándola y tenga que abrir los ojos frente a esto. Para mí eso es el balance más positivo, más trascendente.

«TENEMOS QUE EMPEZAR A TRATAR A
LA CIUDAD COMO UN ESPACIO PARA EL
DESARROLLO DE LOS SUEÑOS, LAS IDEAS
Y LOS PROYECTOS DE LAS PERSONAS.
PERO ESTE ES UN TEMA QUE TODAVÍA
NO ESTÁ TAN INSERTADO».

La ciudad es el otro tema que me interesa bastante, sobre el cual hago investigación, escribo y ayudo o acompaño gente en proyectos interesantes. El geógrafo David Harvey me abrió la mirada hacia el mundo de las ciudades. Cuando estamos conscientes, como dije antes, de quién somos y de que nuestras relaciones sociales son el producto de una serie de factores —económicos, sociales, culturales, etcétera—, te das cuenta del lugar en el cual esos factores y esas relaciones se gestan; para la inmensa mayoría de gente en el planeta, y también en el Perú, ese lugar son las ciudades. Cada vez más, las poblaciones migran y se concentran en ciudades. Tenemos que empezar a tratar a la ciudad como un espacio para el desarrollo de los sueños, las ideas y los proyectos de las personas. Pero este es un tema que todavía no está tan insertado en el imaginario de las personas. El Parque de la Reserva era un parque abandonado, en mal estado, pero era un parque público. Durante la segunda gestión de Castañeda en la Municipalidad de Lima se decidió cerrar ese parque durante el día, abrirlo solo a las seis de la tarde y cobrar su entrada. Lo que significa que un área verde de la ciudad permanece completamente cerrada al público durante el día y para entrar a partir de las seis de la tarde tienes que pagar.

Que eso no genere una reacción ciudadana, que la ciudadanía no sea consciente que se le está quitando un espacio público al que tienen derecho porque en esos espacios pueden encontrarse y divertirse con otros ciudadanos, desarrollarse libremente sin tener que gastar. Que esto no genere una reacción demuestra lo poco conscientes que somos como ciudadanos frente a nuestros derechos en la ciudad. Lo mismo sucede con la privatización de la Costa Verde para restaurantes, para una marina. Somos una ciudad que mira a este mar maravilloso, que debería tener una relación integral con el mar y con la costa, y no la tenemos. El extremo del absurdo es que en San Isidro, el distrito más pudiente, con los habitantes más cosmopolitas de la ciudad, cuando ha habido iniciativas para generar nuevos espacios públicos o espacios públicos más amigables para los peatones, para que la gente quiera estar en la calle, la reacción del distrito ha sido muy violenta. Se parte de la idea de que la ciudad es un espacio de agresión, no un espacio de encuentro que debe ser defendido y protegido. Esta es una forma de acción que Lima está exigiendo y en la que hay que trabajar.

Lo que se necesita es comenzar a empoderar a los barrios y a las pequeñas comunidades para que comiencen a organizarse. Hay el caso de Callao Monumental, un proyecto, en teoría, de renovación urbana a través de la cultura y de integración vecinal. En la realidad es un ejemplo típico de gentrificación urbana. Una persona ha comprado un radio bastante amplio de inmuebles de la zona y pretendió hacer lo que se ha hecho en muchos otros barrios del mundo: generar espacios gratuitos, o a muy bajo costo, para artistas, para cocineros, para emprendedores sociales, etcétera, para que se muden a esa zona y hagan lo que popularmente se llama «blanquear la zona».

Y una vez que blanqueen la zona, se generan desarrollos inmobiliarios para un público con poder adquisitivo mayor. Lo que esto implica, evidentemente, es el desplazamiento de las poblaciones que viven actualmente ahí.

Varias veces he intentado escribir sobre el tema y, cuando uno intentaba hablar, la reacción de la gente involucrada en el proyecto era: «No, es un proyecto social que va a beneficiar a la población, no tiene nada que ver con especulación, la gente está contenta, estamos haciendo murales, etcétera». Eso puede estar sucediendo hoy, pero no es lo que va a suceder mañana. No se trata de vender procesos inmobiliarios, como si fuesen procesos comunitarios. Si realmente lo que queremos es ayudar a un barrio a volverse más seguro, que den a sus comunidades el liderazgo de los proyectos para esas comunidades. Creo que ese es el tema de urgencia a desarrollar en Lima en las próximas décadas. Si no lo hacemos, vamos a vivir las consecuencias; ya estamos viviendo en eso, pero lo vamos a ver de manera mucho más tangible y violenta.

He aprendido demasiadas cosas. He aprendido que el país es más difícil de lo que pensaba cuando tenía quince años. El Perú ha salido de un proceso de depresión económica en la década de los años ochenta y de terrorismo o conflicto armado interno —llámese como cada uno se sienta más cómodo—, y luego un levantamiento económico que vino acompañado de un ataque a la institucionalidad, a la independencia de los medios, a la educación pública. Un país que nace de eso está en proceso de armarse, pero no se ha armado. Somos un país que se ha levantado sobre promesas de un milagro económico, de mayor capacidad adquisitiva, de globalización, de entrar al primer mundo. Pero nada de eso ha venido acompañado de construcción de valores, concepción de ciudadanía, refuerzo a la educación pública, refuerzo a la salud pública, de las condiciones básicas para permitirle a la ciudadanía, a las personas, mayor equidad y mayores posibilidades de acceso a iguales posibilidades.

Es un país que resulta difícil y, a veces, doloroso. Es muy agresivo con los intelectuales y con el pensamiento crítico. Los medios no dan cabida, desde hace mucho tiempo, a voces analíticas, a voces críticas. Eso hace que para mí sea un país difícil, complejo. Incluso espacios donde uno podría encontrar una respuesta, como son las universidades, también tienen problemas graves. Tenemos, por un lado, la satanización social de las universidades públicas, con sus tomas y paros. Y, por otro, las universidades privadas que —dejando al margen las universidades-empresa— como la Católica y otras universidades privadas, han abdicado de su rol público, se han encerrado dentro de sus muros y no han logrado generar una movida crítica, intelectual y de discusión a nivel nacional.

La mayoría de intelectuales peruanos no ha asumido un rol de intelectuales públicos. Hubo intelectuales de una generación anterior que asumieron ese rol y fueron derrotados. La siguiente generación se inhibió. Eso le ha hecho daño al país.

Estoy convencida de que el pensamiento crítico, el debate, la discusión de ideas y la reflexión son condiciones ineludibles para transformar el país. No podemos pretender cambiar nada si no cambiamos primero nuestras ideas, nuestro marco mental y nuestra forma de entender el mundo. La única forma de cambiar eso es a través del debate y el encuentro de ideas. Si no hay esos espacios para ese debate público y no hay las personas dispuestas a tener ese debate público, el resultado es un país que actúa motivado por lo externo y no por una visión de país, no por una idea de hacia qué país queremos avanzar. Si no tenemos una idea de país, de valores ciudadanos, de hacia dónde queremos caminar, lo que tenemos es el sálvese quien pueda. Si no hay algo mayor hacia dónde caminar, es la guerra, es la selva, es la ley del más fuerte. Entonces, sales a la calle, te tocan la bocina y te meten el carro; vas a un lugar y te estafan; tratas de tener una voz disidente y te callan diciendo que eres incómodo; intentas sugerir cómo se pueden cambiar las cosas y generas rechazo.

En las últimas elecciones hemos visto una serie de alternativas reformistas o anti-sistema o de *outsiders* que aparecen respondiendo a un deseo de la población de ver un cambio, sin una conciencia de qué diablos debería ser ese cambio, sin una agenda programática, sin una visión de país, etcétera. Si los intelectuales, los académicos, los escritores, los teóricos, los pensadores no asumen nuevamente ese rol de discusión pública, va a ser difícil que tengamos un cambio.

«SOY BLANCA, EN UN PAÍS RACISTA;
SOY DE CLASE ACOMODADA, EN UN
PAÍS CLASISTA; SOY HETEROSEXUAL,
EN UN PAÍS HOMOFÓBICO.
PERO SOY MUJER».

Soy una persona que leyó mucha ficción y soy una firme creyente de que la lectura de la ficción, desde niños, desarrolla nuestra empatía, nuestra capacidad de ponernos en los zapatos de los demás. Cuando uno lee un libro de una realidad tan distinta a la propia y se conmueve con esa historia, cuando uno cierra ese libro la enseñanza no termina, porque esa conciencia de que hay historias distintas a la tuya, de que son historias complejas, difíciles y que merecen ser vividas y contadas, se traslada a tu vida personal, a tu vida fuera de esas páginas. Y cuando te das cuenta de que las personas a tu alrededor tienen vidas valiosas, únicas e irrepetibles, cómo no vas a querer poner de tu parte para que esas historias tengan una voz, para que esas historias sean felices. Seré por siempre una defensora del valor de la lectura de ficción para tener una mejor sociedad.

Hay demasiado sufrimiento alrededor como para no asumir una responsabilidad frente a eso. Pero, además, creo que se puede cambiar, creo que se puede mejorar. No sé si veré el gran cambio, no sé si lo verá la siguiente generación, pero creo que se puede cambiar.

Quizás no se puede crear una utopía, pero sí se puede cambiar hasta crear un país mejor, un país más justo, más igualitario, más equitativo, menos violento. Eso es lo que me anima. ¿Remo a contra corriente? Sí. ¿Y he sufrido las consecuencias de eso? Sí. Siempre digo que soy una mujer muy privilegiada: soy blanca, en un país racista; soy de clase acomodada, en un país clasista; soy heterosexual, en un país homofóbico. Pero soy mujer. Y, a pesar de todos mis privilegios, eso es socialmente un hándicap. Ser una mujer que tiene ideas y opiniones fuertes, o ideas fuertes y no tiene miedo a expresarlas me ha generado problemas en la esfera personal, social y a veces profesional. Incluso comentarios que le hacen a mi marido gente que lo conoce: «¿Cómo haces para estar casado con alguien así!». Hay que aprender a conciliar la gente por la que uno siente afecto o cercanía, la gente con la que uno ha crecido y el hecho de que tus ideas muchas veces les resulten incómodas o que aquello por lo que haces tu activismo es precisamente contrario a lo que la gente en tu entorno cree, representa, sostiene y defiende. Adicionalmente, soy una persona de redes. Y el acoso y la violencia en el mundo virtual son espantosos. He recibido ataques de páginas anónimas, insultos hasta decir basta, páginas difamatorias, artículos en blogs anónimos que mienten sobre mí, amenazas de muerte. Creo que el acoso virtual —como forma de apabullar y silenciar al activismo o a las voces disidentes de cierto *statu quo*— va a empeorar en los próximos años.

Pero hay que empujar el carro juntos. Es como si el carro se te hubiera apagado en una subida y tienes que empujarlo, te duelen los tobillos, empiezas a sudar, te cae el sol encima, te duelen las muñecas y la estás pasando mal. Pero si dejas de empujar y te paras al costado, el carro se va para atrás y ese es el carro con el cual vas a llegar a tu destino. El país es tu casa por ahora y en él estás. ¿Duele empujar? Duele, pero cuál es la otra alternativa.

He aprendido que soy más independiente de lo que pensaba y quizás ese ha sido un aprendizaje doloroso. He aprendido también a respetar mucho más a la gente que hace trabajo de organización social comunitaria; es mucho más difícil de lo que uno se puede imaginar cuando lo ve desde fuera. Me gusta apoyar en eso, pero no creo que soy la persona para liderarlo. He aprendido a ser más fuerte; he aprendido que se puede ser más fuerte de lo que uno cree. Cuando miro en retrospectiva los últimos años y veo cosas increíbles, pero también todas las dificultades, los costos de los que hablábamos... A veces miro hacia atrás y digo: «¡Pasu y sigo acá!». He aprendido a ser mucho más humilde, bastante más humilde; el ímpetu de la juventud que

lo sabe todo, cuando lo llevas a la práctica, se calma. No necesariamente se calman tus ansias de hacer cosas, pero sí aprendes a escuchar un poco más a la gente que te antecedió y a tus cogeneracionales que hacen trabajo de otro tipo. Creo que, quizás con el tiempo, me he vuelto un poco menos tolerante frente a ciertas cosas que me parecen inaceptables, como el clasismo, el racismo, la homofobia; pero me he vuelto más abierta y tolerante frente a las distintas maneras en las que la gente las combate.

Escribo en medios, revistas, blogs, en mis redes sociales y tengo una audiencia bastante diversa. Mucho de mi trabajo está vinculado al activismo en redes, al activismo escrito o a la escritura, a los artículos, al pensamiento. Eso me ha permitido establecer relaciones, que agradezco mucho, con gente que me dobla la edad y con gente a la que casi le dobla la edad, y participar de grupos de discusión o de incidencia política con gente mucho mayor que yo, que admiraba cuando era más joven, e ingresar a trabajar con grupos universitarios, grupos de activismo casi escolar y comenzar a tener una incidencia ahí.

Hay una tendencia entre la gente de todas las generaciones, en el momento en que se consideran jóvenes, a renegar del pasado, de los que los antecieron, de los dinosaurios, los viejos, los mayores. Eso es algo que nunca me ha gustado. La ruptura con las ideas del pasado es positiva, el afán de disrupción es necesario, importante y moviliza a la sociedad, pero creo que adolecemos de una profunda inconsciencia histórica: no somos capaces de entendernos como el resultado de un largo proceso de activismo y de desarrollo de ideas. En general, veo a los mayores no como mayores sino como otras personas que han compartido preocupaciones similares a las mías y en diferentes momentos de la historia han desarrollado ideas en sintonía con las mías. No suelo pensar el mundo dividido entre los jóvenes y los mayores. Y cuando me encuentro haciéndolo, trato de dejar de hacerlo.